

AGRAMONTE

Por NICOLAS GUILLEN

No sé; pero creo que el pueblo de Cuba conoce mal a Ignacio Agramonte. Quitadle la inteligente veneración del Camagüey, su patria chica, y el mártir de Jimaguayú se quedará con ese respeto silencioso que tanto suele parecerse al olvido.

¿Por qué? No es el momento de



buscar las razones, que acaso estén muy lejos. La historia, al fin y al cabo, la escriben los hombres. Un poco de luz o un poco de sombra, hábilmente dispuesto por quien maneja el reflector, da para muchos años una perspectiva más o menos cargada de gloria, o si se quiere, de fama, que no es lo mismo. Pasa como en las exposiciones. A veces, la mala colocación de un cuadro frustra el primer premio, sin que ello signifique que la buena luz haya de darlo.

A Agramonte se le conoce mal, sencillamente porque se le ha dado poco a conocer. Céspedes —su rival— goza de una inteligente iluminación que permite verle el macizo bloque del espíritu en sus más poderosos relieves; Aguilera, con su barba fluvial y su mirada dulce, no es jamás remiso en acudir a nuestra voz; Perucho Figueredo está siempre en plano primerísimo, con la canción nacional. ¿Agramonte? Es el héroe "camagüeyano", el del rescate de Sanguily, el hombre cuyo cadáver fué quemado por los voluntarios en la Plaza de San Juan de Dios, después de haber sido paseado como un fardo por las calles de la población. Sin duda, el Rescate "es épico y es lírico". La quema es una truculencia que el pueblo no olvida. Pero son episodios, motivo para cronistas, pintores o poetas.

Del otro Agramonte, del Agramonte democrático y liberal, del diputado, del convencional de Guáimaro, ¿qué sabe el hombre de la calle? Muy poco. Ese Agramonte yace sepultado bajo el laurel épico, sin que la gente pueda descubrirle el enérgico perfil ciudadano. La figura del guerrero, del soldado, ha prevalecido sobre la del hombre civil, preocupado, desde que la guerra estalla en Yara, por comunicarle tono democrático y sustraerla a la voluntad de un caudillo obedecido ciegamente. Porque si grande fué Agramonte como jefe militar y como organizador, mayor estatura alcanzó en su voluntariosa gestión de acercar al pueblo la revolución patricia del 68. Este es su mérito en verdad extraordinario, y el que lo levanta sobre muchos de sus contemporáneos.

Sin duda, el 68 es la insurrección de los ricos, de los grandes latifundistas y aristócratas cubanos, agobiados bajo el peso abrumador de la torpe política fiscal de la Metrópoli. Impuestos sobre impuestos, cargas sobre cargas, acabaron por desesperar a los próceres, convenciendo a los que España jamás ce-

dería por las buenas lo que era necesario arrancarle con las armas en la mano. Aguilera, Céspedes, el Marqués, Figueredo, Agramonte y demás iniciadores de la Guerra Grande, que pertenecían a la clase de los terratenientes criollos, identifican desde luego sus más puros sueños patrióticos con sus urgentes demandas de clase. Esto, que en nada opaca la gloria de aquellos hombres, explica la postura hermética de muchos de ellos, pero sirve también para medir el espíritu progresista de muchos otros.

Entre estos, Agramonte encarna el sentimiento liberal del 68, como Céspedes representa su espíritu aristocrático. El de San Lorenzo sueña con la centralización del poder en una sola mano, la suya; el de Jamaguayú quiere que ese poder resida en una asamblea popular, y que se elabore una constitución. "Amamos la unión estrecha de todos los cubanos —escribe— y sin ella no concebimos el bien de Cuba; pero esa unión no puede tener otra base que la de las instituciones democráticas, y no podemos cimentarlas sobre el capricho o la voluntad de un solo hombre". Céspedes es cauto, conoce las características de su clase, y no se atreve a irritarla demasiado con medidas económicas peligrosas y aventuradas: acepta la abolición de la esclavitud progresivamente y mediante indemnización; Agramonte es vehemente, ama la libertad casi por modo físico, su espíritu está oreado por el gran viento de la Revolución Francesa: para él la abolición de la esclavitud ha de ser absoluta; el uno entra espectacularmente en Bayamo, y asume el título de Capitán General, rodeando así su primera gestión revolucionaria del mismo aparato y pompa de la Colonia; el otro es sencillo, y se lanza al campo de la guerra con intrépida naturalidad. Son dos políticas, dos caracteres opuestos. Por

eso se enfrentaron desde los primeros días de Yara; por eso no pudieron entenderse jamás. Pero sin duda, Agramonte es quien más próximo se halla de las aspiraciones e inquietudes de la masa en nuestros días.

La historia de su lucha con Céspedes es en realidad la historia de su lucha por la democracia en la República en armas.

A través de los años, la actitud de Agramonte es ejemplar para nosotros. Su figura será más amada por el pueblo a medida que la conozca mejor, como debe hacerse conocer. Se verá entonces, cómo ha permanecido borrado durante largo tiempo, en el recuerdo de méritos que hace la historia "oficial", aquél que con más fuerza proyecta el héroe hacia nuestro tiempo: el de su devoción democrática, su odio al mando despoticamente ejercido, su intuición, en suma, de que sin el pueblo la lucha revolucionaria es imposible.

Hoy, mayo 11/41

